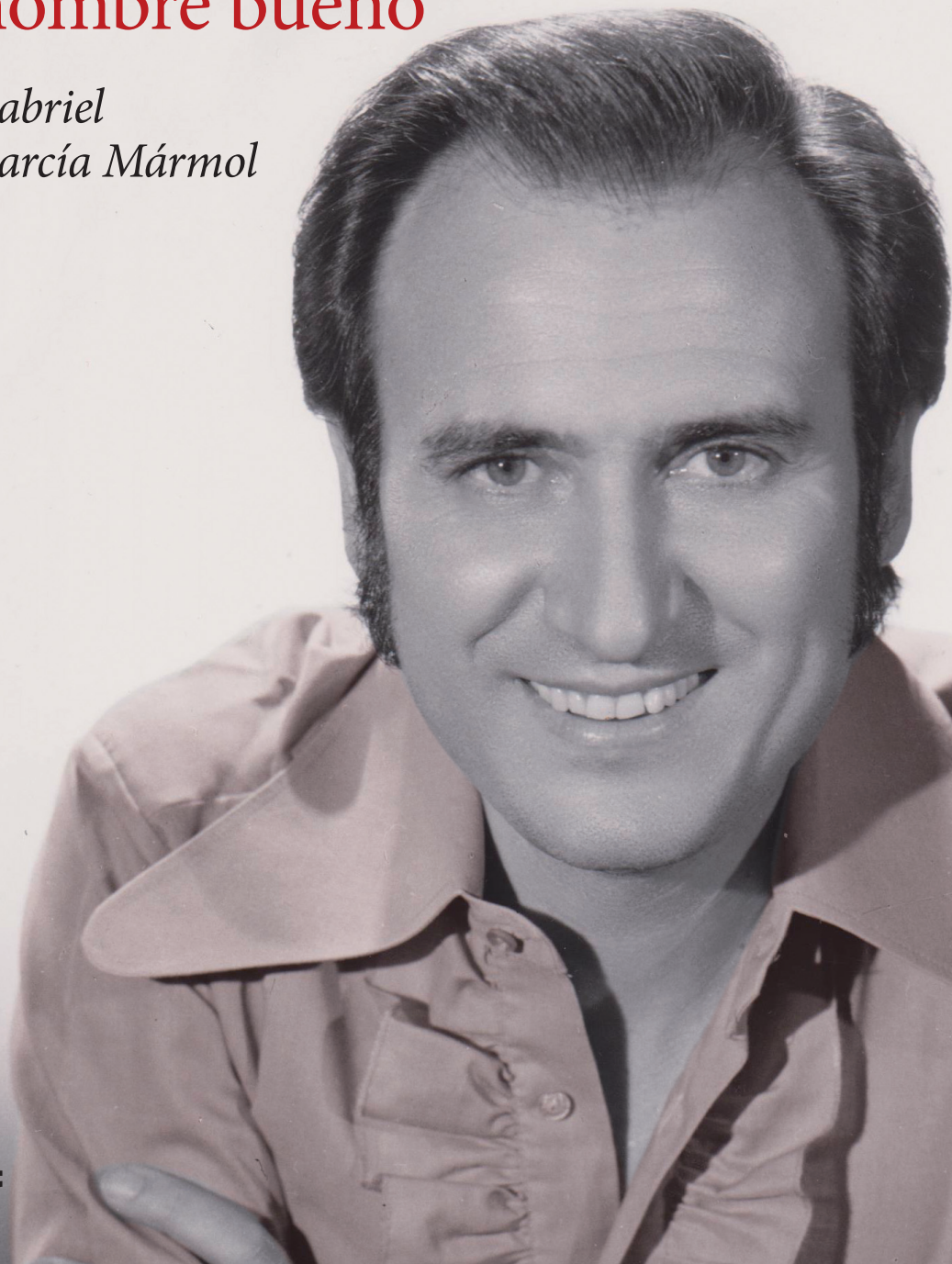


# Manolo Escobar

## Conversaciones con un hombre bueno

*Gabriel  
García Mármol*



# Manolo Escobar

Conversaciones con un  
hombre bueno

*Gabriel*

*García Mármol*

Diseño de cubierta: María Jesús Gutiérrez  
Fotografía de portada: Pérez de León  
Fotografías de interior: Archivo personal del autor, Bariego, Julio y Pérez de León

© Gabriel García Márrol, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014  
Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona  
[www.mrediciones.com](http://www.mrediciones.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-270-4133-2  
Depósito legal: B. 17.865-2014  
Preimpresión: Safekat, S. L.  
Impresión: Huertas, S. A.

Printed in Spain-Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

## ÍNDICE

1. EL OBJETIVO DE NUESTRA PROFESIÓN .....	13
2. LA FAMILIA O EL CLAN .....	31
3. EL CONJUNTO .....	55
4. LA VIDA ES UNA ANÉCDOTA .....	77
5. TRES MUJERES... O CUATRO .....	91
6. LOS COMPAÑEROS DE PROFESIÓN .....	107
7. EL FÚTBOL NO FUE SOLO UN DEPORTE .....	135
8. EL COLECCIONISTA DE ARTE .....	163
9. UNA FILOSOFÍA DE VIDA .....	181
10. FIN DE LA FUNCIÓN .....	201

# 1

## EL OBJETIVO DE NUESTRA PROFESIÓN

Aquella noche Manolo apenas durmió, y durante el desayuno del día siguiente seguía triste y malhumorado. Yo sabía por qué estaba taciturno, pero intenté quitarle importancia:

—¡Vamos, hombre, que no es para tanto! ¡Al fin y al cabo lo de ayer fue un éxito y la mujer no tenía ninguna razón!

Entonces levantó la cabeza de sus habituales tostadas con mantequilla y mermelada de fresa que solía desayunar y me dijo:

—Aquí no se trata de quién tiene y quién no tiene razón, Gabriel. Aquí se trata de que nuestro objetivo en Vilanova no era vender entradas, cantar más o menos bien

o cosechar aplausos. El verdadero objetivo de nuestro oficio y de nuestros viajes es hacer feliz a la gente, y ayer a esa mujer la hicimos desgraciada. Por tanto, cuando yo piense en esta actuación no me acordaré de si la carpa estaba llena o si recaudamos muchos euros, lo que recordaré será a esa mujer llorando al teléfono y a la que por su edad y por la mía nunca volveré a ver.

Así era Manolo. Y tenía razón. En estos momentos no me acuerdo de la recaudación en taquilla ni de las críticas del periódico. Lo único que recuerdo de esa actuación es a esa pobre mujer apoyada en sus muletas con lágrimas en los ojos y, sobre todo, la cara de tristeza con que Manolo encajó la derrota. Seguramente si le preguntásemos a los asistentes de aquella representación o a nuestro equipo acerca de ese día, todos hablarían del éxito habitual, de la carpa llena, de lo bien que estuvo Manolo de voz o de las ovaciones del público, pero para nosotros dos el recuerdo es un desayuno triste y silencioso en una habitación de hotel, apesadumbrados por no haber podido hacer feliz a aquella mujer.

Había sido una actuación como tantas otras, nada fuera de lo habitual. El 7 de noviembre de 2009 viajamos a Vilanova i la Geltrú, provincia de Barcelona, para representar el espectáculo «De Manolo a Escobar», con el que estuvimos de gira desde abril de 2006 hasta el año 2010. Un espectáculo que hizo feliz a Manolo durante cuatro años y que merecerá un capítulo aparte.

La actuación fue en un *envelat*, una carpa que habíamos adaptado como teatro portátil. Todo había ido bien, éxito del público, la compañía y el propio Manolo Escobar estuvieron bien y se cerró el imaginario telón entre ovaciones. Después la consabida retahíla de fans a los que se firmó el autógrafo pertinente, las fotos de recuerdo y las personales dedicatorias.

Como en tantas ocasiones, llegó un momento en que, a la vista de su cansancio, decidí dar por acabada la ceremonia de los autógrafos y subir al hotel. Como era una noche fría y desapacible, estacionamos el coche en la puerta del camerino prefabricado y lo llevamos en volandas hacia él, así que prácticamente nadie pudo acercarse. Nada fuera de lo habitual, excepto que yo aquel día le había prometido a uno de los espectadores que Manolo recibiría a su madre, ya anciana, que caminaba con muletas y se encontraba en esa cola de espera todavía formada.

Cuando me di cuenta ya era tarde, y Manolo estaba camino del hotel de Vilaseca donde dormiría aquella noche. Con la intención de subsanar aquel descuido me ofrecí a que Manolo llamase por teléfono a la mujer y que le quitase el disgusto que parecía tener, así que su hijo me dio el número de teléfono y yo me comprometí a que, una vez en el hotel, Manolo la llamaría.

Esa llamada se hizo una hora más tarde, pero en contra de lo habitual la señora no aceptó las disculpas y le soltó a Manolo una retahíla de reproches por su compor-

tamiento. La mujer estaba entre triste y enfadada y, muy lejos de mostrar comprensión, lo que hizo fue más bien desahogarse de principio a fin.

Visto desde fuera esta anécdota puede parecer absurda, pero quien haya compartido parte de su vida con Manolo la entenderá perfectamente. Él se consideraba un privilegiado, alguien favorecido por la varita mágica de Dios y, por tanto, obligado a utilizar ese don de hacer feliz a la gente de una manera generosa. Manolo siempre creyó que se debía totalmente a su público y nunca se guardó nada para sí. De hecho, en muchas ocasiones, cuando las personas de su entorno hemos querido convencerlo de la necesidad de que descansara, evitando la firma de autógrafos o saliendo por una puerta trasera, sus explicaciones nunca dieron lugar a dudas.

Cuando del tema de los autógrafos se trataba, él lo tenía absolutamente claro:

—Para algunos fans el momento del autógrafo es más importante incluso que la actuación, así que hay que aguantar mecha.

De tal manera que en muchas ocasiones, cuando se acercaba el final del *show*, algunos espectadores renunciaban a las últimas canciones para aguardar una buena posición en la cola de los autógrafos, confirmando el punto de vista de Manolo al respecto.

De hecho, entre mis recuerdos de infancia aparecen claramente las colas de espectadores que abandonaban sus



localidades cuando se iniciaban las despedidas y se apostaban en el pasillo que recorría el lateral de la platea del desaparecido Teatro Barcelona de la Ciudad Condal o las escaleras que bajaban a los camerinos del Teatro Calderón de Madrid. En ambos teatros Manolo ocupaba dos camerinos, uno más amplio en el que se cambiaba y hacía vida con su familia y amigos, y otro más pequeño, generalmente situado enfrente del primero, donde recibía a los fans y firmaba los autógrafos. No sé si siempre fue así, pero la imagen que tengo más repetida de esa parte de mi vida es a un Manolo maquillado —con maquillaje de teatro, me refiero—, calzando unas zapatillas de las de estar por casa, abiertas y generalmente de piel marrón y con un batín de aquellos de la época, tipo de seda y de color oscuro.

No puedo resistirme a contar dos anécdotas de las muchas que he compartido junto a él en esas innumerables firmas.

La primera de ellas la vivimos en el Teatro Nuevo Apolo de Madrid, allá por mediados de los ochenta, en la que yo creo que fue la única vez que Manolo actuó en ese teatro. Al menos la única estando él al frente de su compañía. Acabada la función se produjo la consabida espera y la posterior firma de autógrafos, de discos y de las fotos familiares o cualquier objeto que pudiera servir de recuerdo. Hete aquí que entra un señor de unos cincuenta años —la edad de Manolo por entonces— y, una vez plantado frente a él le espeta:

—¡Qué! ¿Ya no te acuerdas de mí? —al tiempo que mostraba una franca sonrisa de camaradería y familiaridad.

Inmediatamente Manolo lo miró a los ojos y, aunque era evidente que hacía esfuerzos por recordarlo, no consiguió dilucidar quién era aquel sujeto de aparente intimidad.

—Pues, mira, me vas a perdonar, pero no caigo ahora —le contestó Manolo con la mejor de sus sonrisas.

En ese momento lo esperable hubiera sido que el susodicho se hubiera limitado a decirle su nombre y el motivo de la relación sin más, pero no, lo que ocurrió fue más o menos lo siguiente.

El hombre en cuestión puso una mueca de decepción con algo de mosqueo al tiempo que recriminaba al pobre Manolo:

—No, si ya me habían dicho que no te acordarías de mí. Que no me ilusionara, porque cuando os hacéis famosos no os acordáis de nada ni de nadie.

Así que comenzamos a pasar un mal rato, especialmente Manolo que empezaba a tener la seguridad de que se trataba de un amigo muy próximo de la juventud al que habría olvidado sin querer.

—Chico, pues perdona, pero te juro que no soy capaz de reconocerte.

—Nada, no te preocupes, no pasa nada, si ya me lo esperaba. Si ya me lo habían advertido. En fin, qué le vamos a hacer...

Lo único que conseguía era que nos sintiéramos peor cada momento que pasaba, tan azorados que la tensión se empezaba a cortar con un cuchillo. Nos mirábamos entre nosotros esperando que cualquiera pudiera darle una pista al otro. Al final, Manolo se echó a valiente y le preguntó:

—Bueno, pues dime de una vez quién eres, por Dios.

Y entonces va el «amigo» y suelta:

—¿Pero tú no te acuerdas cuando en el año 67 fuiste a actuar al Teatro Villamarta de Jerez y yo, que estaba en la primera fila, me levanté y te grité: «Canta *Madrecita*», y tú la cantaste?

Nos quedamos estupefactos. Yo no sabía si reírme o, en vista de lo mal que lo habíamos pasado, darle un pescozón, pero lo cierto es que el hombre lo decía totalmente en serio.

Muchas veces los fans que viven un momento concreto junto a su ídolo o junto a un artista admirado lo asumen como un acontecimiento único en sus vidas, sin percatarse que como este vive situaciones similares continuamente, no puede recordarlos a lo largo de los años. Pero hay que entender que es de esa manera por ambas partes, así que en aquella ocasión pusimos cara amistosa. Manolo fingió que en ese preciso instante lo recordaba todo, le reiteró sus disculpas, le firmó un autógrafo y le dio un abrazo. Y pasó el siguiente.

El otro caso no fue tan gracioso. Es más, yo creo que de haberse producido en estos tiempos a lo mejor hubiera

tenido mayor trascendencia. Hoy día se hubiese tratado como una cuestión de acoso y hubiera acabado de mala forma. En los años setenta Manolo recibía decenas de cartas diarias de fans y admiradores varios. Bastaba con que el destinatario fuese «Manolo Escobar-Benidorm», para que llegaran a su destino. Eran tantas y también tanto el compromiso personal de Manolo que podía pasarse horas revisándolas. Como muchas tardes de verano mis primos y yo, por entonces adolescentes, pululábamos por la casa, sin aparentemente mucho que hacer, y enmarcados en esa ociosidad, a veces él nos permitía chafardear en esa correspondencia.

Y claro está, se puede el lector imaginar la que armamos en nuestra inconsciencia adolescente cuando al abrir una carta apareció un recorte de una revista del corazón con una foto de Manolo junto a su mujer y su hija en la que se había recortado la foto de Anita y aparecía sustituyéndola la imagen de una fotografía de carné de una fan desconocida.

Mis primos y yo armamos un cachondeo considerable que duró los escasos segundos que pasaron hasta que vimos la cara de mis tíos. Enseguida nos percatamos de que había cierta intranquilidad en casa con respecto al tema. Bien es verdad que el que menos preocupado parecía era el propio Manolo.

Nos explicaron que no conocían a la mujer en cuestión —no la puedo llamar señora, debido a su envío estrella

que pronto contaré—, pues las cartas llegaban solamente con el remite de «Consuelo de Málaga». Aunque muy prudente no era, porque siempre incluía una foto propia en las cartas, así que hubiera bastado llevarlas a la Policía y ver qué pasaba. No se trataba de cartas amenazantes, pero daban la sensación de pertenecer a alguien, digamos, «no totalmente equilibrado». Pero hubo un día de aquel verano que llegó una carta de mayor tamaño. Dentro de la carta-paquete iba una cajita con el mensaje: «Para que puedas estar cerca de mí», o algo similar, y junto a la nota, una bolsita transparente con... ¡vello púbico! Supusimos que de ella, claro está.

A partir de entonces empezamos a pensar que aquello era un asunto serio y de cachondeo nada de nada. Al acabar ese verano del ochenta, yo regresé a Badalona, como cada año, y nunca más pensé en la tal Consuelo. Pero la vida depara muchas sorpresas.

El 15 de abril de 1982, Manolo debutó en el Teatro Victoria de Barcelona para estar unas cinco semanas. Por aquel entonces el Victoria lo dirigía Sara Montiel, pero el auténtico director y alma máter era su marido, Pepe Tous, un auténtico caballero. Por cierto, me impactó cómo Thais, la hija de ambos, que era pequeñísima, le hablaba a su madre de usted. Yo lo encontraba rarísimo.

En fin, recuerdo aquel fin de semana como si fuera hoy mismo, porque yo cumplía por entonces la mayoría de edad. Mi padrino me había prometido que al acabar la

función el domingo 18 me llevaría al Casino de Sitges para que viera por mis propios ojos de qué iba aquello del casino y de la ruleta de la que siempre hablaban. Era un día emocionante; el Barça jugaba en el Bernabéu un partido decisivo para ambos y, aunque venció el Madrid tres a uno, la Liga la acabó ganando el que más lo merecía: la Real Sociedad. Yo cumplí los dieciocho, comimos en un restaurante de Barcelona llamado La Bota del Racó y nos fuimos al teatro.

Cuando finalizó la actuación llegó la consabida firma de autógrafos. Entonces me di cuenta de que entre las personas que hacían cola estaba la referida anteriormente, Consuelo. Lo primero que pensé es que era capaz de hacer cualquier cosa, por lo que entré en el camerino de Manolo a decírselo suponiendo que me pediría que la echaran. Pero esa no fue su respuesta:

—Tú llama a Eduardo Biancotto, os quedáis cerca de mí y no cerréis la puerta del camerino. A ver qué pasa.

Recuerdo perfectamente que vestía unos pantalones negros y una especie de jersey calado de punto en color blanco. Era, como es lógico, tal cual aparecía en las fotos, pero en contra de lo esperado prácticamente ni habló. Se quedó de pie junto a Manolo, callada, temblorosa hasta el punto que apenas musitó su nombre cuando Manolo se lo preguntó. Se mantuvo siempre a distancia y con una expresión entre asustada y en trance, como si estuviera ante una experiencia espiritual. Cuando mi padrino acabó

de firmar la fotografía dedicada, extendió el brazo, la recogió y se fue sin articular casi palabra, más allá de un tímido «Gracias, Manolo», apenas audible.

Yo no daba crédito. Me esperaba una personalidad, si no agresiva, al menos echada *p'alante*, pero nada más lejos de la realidad.

Aquella noche, mientras íbamos camino del Casino de Sitges, Manolo me dio su punto de vista respecto a la personalidad de las fans:

—Mira, Gabriel, hay varios tipos de fans, pero en realidad la apariencia suele ser contraria a su personalidad; es decir, cuánto más dependientes de su ídolo, más vulnerables son. Así que, salvo que las cosas pasen a mayores, lo único que necesitan es una pizca de amabilidad y algo de cariño.

Quizá tenía razón y ese pensamiento lo llevó a ser toda su vida amable con sus admiradores, pero no tengo tan claro que no haya que tomar ciertas precauciones. Por cierto, aquella noche Manolo ganó en el casino y yo perdí, como casi siempre a partir de entonces.

Para entender cómo se llegó a ese círculo de respeto, cariño, paciencia y fidelidad entre Manolo y sus fans, solo hay que repasar algunos acontecimientos vividos junto a él que proporcionan pistas más que suficientes para entenderlo. Podría contar innumerables momentos, pero me ceñiré a tres o cuatro que lo explican perfectamente.

Cuando Manolo actuó por última vez en la capital aragonesa lo hizo en la sala Mozart. Le persuadí de que preparase como bis una versión de *Sierra de Luna*, que Rosita Ferrer había cantado en los años cincuenta y que luego él volvería a popularizar en los setenta. Es una canción que se inicia con aquello de «El Ebro guarda silencio al pasar por el Pilar, la Virgen está dormida..., no la quiere despertar». Estaba seguro de que si la interpretaba al finalizar el concierto la sala se vendría abajo.

Cuando se lo propuse, me dijo que se encontraba ya mayor para montar nuevas canciones, pero como yo lo conocía, le hice una grabación de su versión de los setenta y se la pasé al MP3 con el que ensayaba, al tiempo que le pedía al guitarrista que se la aprendiera. Cuando llegó el día, y después de la prueba de sonido, Manolo hizo que el guitarrista pasase a su camerino y ensayaron durante una hora. Él siempre estaba dispuesto a un último esfuerzo para mejorar cualquier actuación.

Una vez acabado el repertorio previsto, pidió al guitarrista que se sentase a su lado en el centro del escenario y empezó con la popular canción. Efectivamente, la sala se vino abajo y la ovación fue indescriptible. Fue muy emocionante para todos nosotros, porque en su equipo sabíamos el esfuerzo que aquel hombre ya anciano había realizado, con un cáncer a costas y arrastrando una cadeira lesionada, lo que hacía que tuviéramos la sensibilidad a flor de piel. Cuando bajó del escenario me dijo:



—Te felicito. Acabarás sabiendo de Manolo Escobar más que yo mismo, pero que te conste que lo mejor de tu idea lo verás mañana.

No entendí en su momento qué quería decir, pero a fe mía que lo comprendí perfectamente al día siguiente. Esa mañana yo me había comprometido con Félix Cartagena, nuestro agente en la actuación de Zaragoza, que iríamos con Manolo a visitar una residencia de ancianos que frecuentaban unas monjas en la capital del Ebro.

Era habitual que hiciéramos visitas de este tipo con motivo de las actuaciones, aunque siempre bajo tres premisas: se debían hacer después de la actuación para que no pareciera que podían tener un efecto promocional; no se avisaría a los residentes hasta el día de la visita, porque Manolo no quería que su presencia fuese un espectáculo para los familiares, sino únicamente para los propios residentes; y la más inflexible de todas, que no se permitiría la asistencia de medios de comunicación, porque era un acto para proporcionar alegría y no una operación de *marketing*.

Cuando se levantó esa mañana vi que estaba agotado. Le pregunté si quería que lo suspendiera y su respuesta fue la esperada:

—La actuación de ayer estuvo bien, francamente bien, pero la actuación importante es esta mañana.

Estaba seguro de que él lo sentía así. Nos dirigimos hacia la residencia de la tercera edad y cuando llegamos

había cámaras en la puerta con periodistas que nos rogaron pasar para dejar testimonio del acto, pero Manolo fue firme:

—Lo siento mucho, chavales, pero este es un acto privado.

Manolo siempre criticó que hubiera personajes públicos que acudían a ese tipo de actos escoltados por cámaras y taquígrafos, que hacían parecer cualquier visita un acontecimiento artístico.

—¿Cómo podemos saber si es un acto sincero o un paso más en la promoción de la imagen del artista, si montan un circo en lugar de algo sensible y emotivo?

Y la verdad es que tenía razón, porque la inexistencia de los medios de comunicación aportaba dos componentes esenciales: por una parte los enfermos, los ancianos o quienes fuesen los receptores de la visita percibían esta como sincera; y por otra, al no verse grabados, adquirirían una confianza tal que provocaba situaciones humanas muy cercanas y emotivas que de otra forma pudieran haberse ocultado.

Pero volviendo al día en cuestión, cuando llegamos a la residencia resultó ser una edificación tipo antiguo hospital o convento con interminables pasillos que hubieran hecho esa visita una pesadilla si Manolo no hubiese aceptado recorrer la distancia hasta donde le esperaban los residentes sentado en una silla de ruedas. Según entraba en el salón, los aplausos se mezclaban con suspiros e inclu-

so llantos de emoción. Nunca dejó de conmoverme la mirada con que los ancianos reaccionaban al percatarse de que era realmente Manolo Escobar quien estaba allí. Era una mezcla de incredulidad, cariño e ilusión de convertir en real un momento que hasta entonces les parecía ficticio e irrealizable. No se me ocurre mejor ejemplo que el de la cara de un niño de corta edad cuando ve aparecer a los Reyes Magos en la cabalgata del 5 de enero.

Ese día, como tantos otros, Manolo se sentó junto a ellos, se hizo fotos de recuerdo y como también ocurría en todas las ocasiones, «a petición popular», entonó una canción. Ya se sabe los consabidos gritos espontáneos de «que cante, que cante». Como estábamos en el epílogo de las Navidades les pidió que interpretaran juntos el famoso villancico de *Los peces en el río*. Al acabar, Manolo fue acallando los aplausos con un gesto tranquilo, y cuando se hizo el silencio, ¡ay, amigo!, cuando se hizo el silencio y Manolo empezó a cantar, sin más instrumentación que su voz, aquello de «El Ebro guarda silencio al pasar por el Pilar...» fue entonces el no va más.

Contemplar a hombres de ochenta años con la piel ajada por la vida llorando como niños o a entrañables viejecitas secarse las mejillas con pañuelos de algodón de los que ya no se ven; o a las enfermeras y a las monjas sin poder contener una emoción que rebosaba ternura y afecto, era el fin último de la visita. Transmitir la alegría como solo produce el encuentro de un familiar muy querido al

que hace años que no ves... Porque eso era Manolo para estas personas, el familiar al que creían no volver a ver y que ahora estaba allí con ellos para recordarles los momentos felices de su larga vida. Muchas veces Manolo se emocionaba hasta el punto de no poder acabar las canciones, lo mismo que hacíamos los que íbamos con él.

Al regresar a la furgoneta le noté exhausto, y le comenté:

—Es verdad que ha sido precioso, pero ¿no estabas demasiado cansado para esto?

Y me dijo algo que espero ser capaz de mantener como un principio a lo largo de mi vida:

—Gabriel, esto que hacemos no es un acto de bondad ni de caridad. Hijo, esto es un acto de justicia. Me considero un privilegiado, alguien tocado por la varita de Dios. Y si tengo la capacidad de hacer felices a los demás con algo tan simple como cantar, pues a cantar. Y además... ¡qué coño! El momento que menos me ha dolido la pierna en estos tres días ha sido mientras estaba con los abuelillos. —Y añadía, como si él no tuviera la misma edad y estuviera recorriendo España con ochenta años—: ¿Has visto al abuelillo ese cantando con el oxígeno? ¡Con dos cojones!

Necesitaría un libro aparte para rememorar las múltiples anécdotas vividas junto a él, los duetos que le he visto hacer con jóvenes con síndrome de Down para los que Manolo fue su ídolo, la de veces que hemos ido a infun-

dirles ánimos a enfermos hospitalizados de incierto futuro o en cuántas ocasiones se ha puesto al teléfono para confortar a familiares de admiradores anónimos que se lo pidieron.

En las ocasiones referidas del teléfono solían producirse situaciones graciosas, debido al anonimato que marca una llamada de ese tipo. Lo normal es que el admirador conectase con su amigo o familiar y le dijera:

—Espera, que te paso a Manolo Escobar.

Lógicamente el receptor raramente lo creía cierto, de manera que Manolo solía acabar diciendo:

—¿Como que no te lo crees? Soy Manolo. ¿Qué Manolo va a ser? El del carro —y comenzaba a cantar la popular rumba por teléfono.

Entre las múltiples ocasiones vividas en esas circunstancias abrumadoras me gustaría contar una que para mí fue conmovedora. Ocurrió tras una actuación en Mallorca y durante la acostumbrada firma de autógrafos. Cuando llevábamos ya un tiempo, le tocó el turno a un matrimonio de unos cuarenta y tantos años que venía acompañado de su hijo, un joven de unos veinte, sentado en una silla de ruedas.

El joven padecía una enfermedad cerebral neurodegenerativa que, además de impedirle la posibilidad de caminar, así como una escoliosis que le obligaba a permanecer inclinado hacia un lado, con la cabeza medio caída, le producía dificultades extremas para hablar. En fin, un caso

clínico que inspiraba muchísima pena al ver a un hombre en plena juventud totalmente incapacitado. Al entrar en el camerino, Manolo se puso en pie para saludar al joven y a sus padres. En aquel momento la madre intentó hablar con Manolo de la razón de su visita, pero fue dirigirse a él y la emoción y el llanto no le dejaron avanzar. Entonces tomó la palabra el padre, un hombre fuerte, de aproximadamente un metro noventa de altura y que, con ciertas dificultades fruto de la emoción, nos explicó el motivo por el que estaban allí.

Por lo visto su hijo no podía hablar y no era capaz de decir ni papá ni mamá, pero en cambio sí había sido capaz de decir «Manolo Escobar». En aquel momento no eran únicamente los padres quienes lloraban.

Manolo tenía razón en lo referente a nuestra profesión. Me lo confirmaban los ojos de esos padres agradecidos, la sonrisa de los ancianos a los que visitábamos y los abrazos que nos daban los chavales con síndrome de Down. Sí, Manolo tenía razón, toda la razón:

—Nuestra profesión no consiste en vender entradas ni en conseguir discos de oro o encabezar las listas de éxitos. Nuestra profesión consiste en repartir trocitos de felicidad tan grandes como se pueda. Hay que devolver a la vida parte de lo que nos da.